

INTRODUCCIÓN

Con frecuencia nos quejamos de la ineducación de los niños, de su grosería, de su cinismo, sin tomar en cuenta que no es de ellos la culpa, sino nuestra, pues les dejamos que vivan en condiciones tanto morales como materiales que sólo sirven para depravarlos, para pervertirlos.

Vemos generalmente que de las profundidades de los bajos fondos sociales sale un verdadero ejército de delincuentes, con una precocidad para el mal que a veces asombra y de la que ellos no son y ni pueden ser culpables.

Esos infelices niños que a veces ignoran hasta su verdadero nombre, y sólo saben que los llaman el Nato, el Mono, el Guatón, etc.; a quienes nadie se ha ocupado de educar ni aliviar su miseria; que no han gustado más que de las amargas hieles que la vida ofrece y no contemplaron ésta más que en su aspecto desagradable y cruel, sin que un instante hayan saboreado sus dulzuras; que vieron al mundo en medio de infectos tugurios, mal engendrados en vientres famélicos, con la colaboración del alcohol o de la sífilis, o de ambos a la vez; que en lugar de caricias sólo golpes recibieron y en lugar de alegrías sólo hambre sufrieron, haciéndoles odioso el hogar, la familia y hasta la sociedad que así los abandona; esos desdichados que vagan desnudos y desnutridos, durmiendo en los umbrales de las puertas, en los bancos de los paseos, donde suelen ser despertados por el puntapié de algún guardia; o esos otros que más afortunados, dentro de su desgracia, nacieron en un hogar modesto, pero por defectos de nuestra incomprensión educativa, se ven maltratados en su casa, en la calle, en el taller; a quienes para corregir sus defectos se les aplica en el hogar desde el suave pellizco hasta la dura paliza; en la escuela el cruel palmetazo, el tirón de orejas, la privación de los juegos y la amonestación; en el taller, si no atiende a los mandatos de los compañeros que, por ser el aprendiz le consideran como el criado de todos, recibe palabras duras e injustas reprensiones.

¿Qué hacer si todo conspira a transformarlos en terreno abonado para los vicios y perversiones? Pensemos que si nosotros nos